

lo que indudablemente prueba el poco valor de este anillo es que al día siguiente se lo devolvieron al Pontífice. Haller salió de la cámara y dijo á uno de los prelados que estaban en la antesala: «Aquí no necesitamos de él; es mando que vayais á decir al Papa que esté dispuesto para marchar mañana á las seis de la mañana.» Consternado el prelado, manifestó que carecía de valor para dar al Papa tan triste noticia. Haller volvió á entrar en la Cámara, y sin rodeos de ningún género se la comunicó. «Tengo ochenta y un años, contestó con dulzura Pio VI: hace dos meses que me hallaba abrumado de una enfermedad tan cruel, que á cada momento creía tocar mi hora postrera. ¿Cómo he de poder resistir, cuando apenas me hallo convaleciente, las fatigas de un viaje? Mi deber me ata á este sitio: no puedo sin cometer un delito abandonar las funciones de mi ministerio, y por lo tanto aquí es en donde debo morir.» — «En cualquiera parte morireis del mismo modo: nada de razones ni de pretextos; si no marchais á buenas, os harán marchar por la fuerza.» Dichas estas palabras, el calvinista desapareció. El heroico valor que el Papa había opuesto hasta entonces á sus desgracias pareció ceder por un instante al rigor del golpe que acababa de abrumarle; y cuando se vió por algún tiempo solo con sus familiares, sucumbió al parecer al exceso de su dolor. Mas habiendo pasado á su cuarto y postrándose á los pies de un Crucifijo, sacó de la oración las fuerzas que necesitaba para resistir á tan crueles persecuciones, y volvió á presentarse de allí á un cuarto de hora con su calma y serenidad de costumbre. «Dios lo quiere, dijo tranquilamente, sometámonos con resignación á sus decretos.» En seguida ocupándose exclusivamente de los asuntos de la Iglesia, empleó las cuarenta y ocho horas que tenía para permanecer aun en Roma, en arreglar todo cuanto tenía relación con su augusto ministerio y podía interesar á la Reli-

gion. Mas la noche del 19 al 20 de febrero de 1798, que precedió á su partida, fué consagrada á la oración, y luego hizo celebrar en su presencia el santo sacrificio. Aun no estaba concluida la misa, ni el día acababa de amanecer, cuando se presentaron unos soldados furiosos para arrancar de su palacio al Pontífice. Temían una conmoción popular si el día naciente veía á Pio VI todavía en el Vaticano. En esta augusta morada de los gefes de la Religión resonaron en aquel momento blasfemias é imprecaciones. El venerable anciano no salía tan aprisa como lo deseaban sus verdugos: «¡Daos prisa!» gritaba el inexorable Haller, en tanto que el desventurado Pontífice, sostenido por algunos criados, y con los ojos arrasados de lágrimas, se movía dolorosamente dominado del peso de los años y de las enfermedades.

Así fué Pio VI bárbaramente espulsado de su palacio y de su Sede. Dicese que sus carceleros cometieron la barbarie de enseñarle la cúpula de San Pedro al pasar por frente de ella. Su vista desgarró nuevamente el corazón del infortunado anciano, que no pudo hacer mas que estender sus debilitadas manos hácia esta iglesia metropolitana del mundo cristiano, que sus ojos no debían ya volver á mirar.

Antes de llegar á este exceso de ferocidad con el Soberano Pontífice, los enemigos de la Religión le habían hartado de oprobios y humillaciones. Algunos días antes de su marcha, el marqués Vivaldi, desterrado de Roma por haber manifestado del modo mas imprudente su odio contra el gobierno, y perdonado posteriormente por la excesiva bondad del Papa, se atrevió á presentarse á sus ojos para insultar cobardemente su desgracia. «Tirano, le dijo con furor, tu reinado ha concluido!» — «Si yo hubiese sido tirano, contestó el Papa con entereza, ya no existirías.» Pero lo que mas dolorosamente afectó el corazón paternal de Pio VI, fué la crueldad con que trataron á los cardenales. El cardenal Braschi

se hallaba en Nápoles encargado de una misión política: sus rentas fueron confiscadas (1). Otro tanto hicieron con los bienes de los cardenales Albani y Busca, que se habían puesto en salvo. El cardenal Pignatelli huyó á Nápoles, y el cardenal Archinto á Toscana. El cardenal Archetti, que no había desmentido la idea que de su prudencia había dado en las misiones del Norte, intentó escaparse; pero fué cogido en el camino, y vuelto á conducir á Roma. El cardenal Gerdil, una de las lumbreras del Sacro Colegio, y no menos respetable por la sencillez de sus costumbres y por su piedad, que por sus conocimientos y su celo, se retiró cerca del rey de Cerdeña, de quien había sido preceptor. Si se libró de la persecución, fué porque la vida sencilla y modesta que tenía en medio de una casi absoluta pobreza, había hecho conocer á todo el mundo que estaba muy lejos de poder pagar un rescate. El cardenal Rinuccini vió también confiscadas sus propiedades, y el cardenal Mattei fué asimismo desterrado y privado de sus bienes. La mayor parte de los demas cardenales fueron encerrados en un convento de Roma. En el número de estos últimos figuran el cardenal Doria, último secretario de Estado, que rehusó ponerse en seguridad y quiso participar de la suerte de sus compañeros; los cardenales, Antonelli, uno de los miembros mas ilustrados y virtuosos del Sacro Colegio; Della Somaglia, apreciable por sus cualidades y carácter; Borgia, distinguido por su talento y buen gusto por las ciencias, y sobre todo célebre á causa de su celo por la propagación de la fé, á cuyo objeto consagraba gran parte de sus rentas; Roverella, etc., etc. Despues de haberlos tenido algún tiempo presos en Roma, fueron trasladados á Civita-Vecchia. Querían deportarlos á alguna isla

remota; mas como ya no les quedaba nada de sus bienes, los trataron con indulgencia, es decir, despues de haberles despojado de todo, se les permitió ir á buscar un asilo fuera de Roma, y se retiraron á Nápoles ó al Estado de Venecia. No consiguieron mejor trato los prelados adictos á la Santa Sede. Muchos obispos de los Estados del Papa fueron presos ó desterrados. De manera que la Iglesia romana, atacada tanto en la persona de su Gefe y cabeza como en la de sus miembros se vió hecha presa de una persecución tan odiosa como injusta. En medio de estas proscripciones se cantaban himnos á la libertad, se hacían procesiones cívicas al Capitolio, y en medio de pomposos discursos se invocaban los manes de Catón y de Bruto. Algunos patriotas exaltados y crédulos se habían lisonjeado de hacer revivir los buenos tiempos de la república romana. El Directorio se tomó la molestia de desengañarlos, gobernándolos militarmente, y haciéndoles pagar su protección con pesadas contribuciones, quitándoles muchos preciosos objetos artísticos, y dejando á la vuelta de poco tiempo á los ricos sin asilo y á los pobres sin recurso.

Pero volvamos al venerable Pontífice que es quien debe fijar nuestra atención (1).

En medio de una espantosa noche, entre los horrores de una tempestad de truenos y relámpagos, el Papa á quien se había metido en un mal carruaje, acompañado únicamente de su médico y de algunas personas de su servidumbre, atravesaba parte de la ciudad de Roma al resplandor de dos pálidos hachones: al llegar á la puerta llamada Angélica, se encontró con dos comisionados franceses que le estaban esperando. Estos le declararon que en nombre de la república romana se encargaban de su persona bajo su responsabilidad, y sin descender á mas esplicaciones, mandaron á los conductores tomar el camino de Viterbo. A la voz de estos reclinó sobre sus

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 324-326.

(1) Hist. de Pio VI. p. 347-359.



goznes la puerta Angélica; pero solo se abrió absolutamente necesario para que pudiera pasar el coche (1). Aunque la salida nocturna del Pontífice había sido encubierta con el mayor secreto, el pueblo de Roma tuvo pronta noticia de ella, y al amanecer corrió en tropel á las puertas del Vaticano: estendiendo sus manos hácia esta augusta morada, los romanos fieles pedían á gritos que se presentara su pastor y padre; pero los centinelas tenían orden de rechazar al pueblo, y solo los sediciosos, sedientos de pillage, encontraban una malhadada facilidad para ejercer sus rapiñas sobre todos los efectos del Pontífice.

Detúvose el agosto proscripto la primera jornada en Monterossi á ocho leguas de Roma para pasar la noche, y los dos oficiales encargados de su custodia hicieron que les pusieran sus camas en su ante-cámara. Al día siguiente, miércoles de Ceniza, fué conducido á Viterbo y se hospedó en el convento de agustinos. Las campanas de Monte-Fiascone anunciaron solemnemente su llegada, mucho antes de presentarse á la vista, y la montaña sobre que está situada la ciudad, se veía cubierta de numeroso pueblo en su traje de días festivos, enviando á cada paso emisarios para ver si descubrían el Pontífice, y preguntando ansiosamente á todos los viajeros si estaba aun lejos y si creían que pudiese resistir á los tormentos del viaje. Habiéndose detenido el Papa algun tiempo al concluirse la tercera jornada en la orilla del lago de Bolsme, se colocaron confusamente sobre los árboles tendidos y ventanas de las casas de campo inmediatas, sacerdotes, labradores, ricos, pobres, niños, ancianos, mugeres, enfermos, estendiendo las manos hácia el camino por donde venia el agosto anciano, y reputándose por muy dichosos los que en medio de aquel piadoso tropel habían conseguido situarse mas inmediatos al coche del venerable Pontífice,

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII.* t. 1, p. 59.

que con su paciencia, calma y resignacion en medio de tan crueles pruebas daba al mundo cristiano el mas sublime ejemplo. A lo largo del torrente llamado de la Paglia, que separa el Estado eclesiástico de la Toscana, se veían correr presurosos de lo alto de los montes pastores y aldeanos que abandonaban sus rebaños y sus chozas para recibir la bendicion del Pastor de los pastores.

En el momento mismo en que Pio VI, desterrado de sus propios dominios, era arrastrado por sus enemigos á territorio extranjero, tres romanos desterrados del Estado eclesiástico volvian á entrar en él casi en triunfo. No parecia sino que á propósito habían combinado la hora de su tránsito para presentarse con afectacion al desgraciado Pontífice y tener la bárbara complacencia de insultar su infortunio por el chocante contraste del lujo de su equipaje con el sencillo y modesto carruage de su soberano. Uno de ellos, oficial en el ejército pontificio, había intentado no hacia mucho promover una revolucion, sobornando la guardia del castillo de Sant-Angelo; y descubierto su plan, había sido sentenciado por un consejo de guerra, degradado en la plaza llamada de Pastuin, y encerrado en el fuerte de San Leon, de donde le sacaron los franceses. El segundo era un médico, que habiendo tomado parte en una conspiracion contra el Estado, había sido condenado á muerte; pero el Papa, no escuchando mas razones que las de su bondad natural, conmutó esta pena en la de destierro. Finalmente, el tercero, era un eclesiástico que en otro tiempo ejerciera el cargo de secretario cerca de un cardenal embajador, por cuya mediacion había obtenido muchas pensiones y beneficios. Estos tres hombres iban á Roma á gozar de los mas altos honores por parte del nuevo gobierno, á tiempo que el Papa salía para ir á terminar su existencia entre prisiones y cadenas.

El día que llegó Pio VI á Sena era un domingo: la situacion del gran duque respec-

to de la república francesa era entonces tan delicada y precaria que, á fin de no inspirar ningun recelo, había dado las órdenes mas terminantes para que la presencia del ilustre cautivo no produjese ninguna fermentacion. Los habitantes de Sena, comprendiendo el compromiso de su soberano, concentraron en su pecho los sentimientos religiosos que les inspiraba el doloroso espectáculo de un Gefe de la Iglesia destronado y á disposicion de sus enemigos; pero sus miradas fijas en el augusto cautivo, llenas de ternura y veneracion, revelaban con bastante claridad lo que pasaba en el fondo de su alma y su silencio era mas elocuente que las mas estrepitosas aclamaciones. El Papa fué hospedado en el convento de los agustinos, situado cerca de las murallas, y se entregó á la vida mas retirada. Su ocupacion predilecta era el rezo y la celebracion de los santos misterios. No salía de su celda mas que para dar un corto paseo diariamente á la hora del medio día, y para visitar los principales templos de la ciudad, edificando con su fervoroso recogimiento á cuantos asistian á ellos. En esta soledad fué donde compuso dos breves llenos de unción y de una santa elocuencia, dirigidos al emperador de Alemania y al de Rusia. El embajador de Inglaterra, olvidando la diferencia de Religion para no hacer caso mas que del interés que inspira una ilustre víctima de la injusticia y de la persecucion, fué á Sena á tributarle sus homenajes, y una señora inglesa del mas alto rango, habiendo conseguido una audiencia del venerable cautivo, le ofreció la tercera parte de todas sus rentas; generosidad que afectó profundamente al Pontífice, pero que no tuvo por conveniente aceptar.

El Directorio que no podia ver sin inquietud la permanencia del Papa en el seno de Italia, había resuelto deportarlo á Cerdeña. El individuo del Directorio que mas encarnizado se mostraba contra el Gefe de la

Iglesia católica era La Reveillere-Lépeaux, fundador de los theophilántropos.

Hacia ya tres meses que el Papa residía en Sena, cuando un acontecimiento extraordinario le obligó á mudar de domicilio: un violento terremoto hizo estremecer el 25 de mayo de 1798 la casa que habitaba Pio VI, y el pavimento de su habitacion se hundió á los pocos momentos de haber salido de ella. Trasladaron al Pontífice fuera de los muros de la ciudad á una casa llamada el Infierno, cuyo nombre dió lugar á varios sarcasmos por parte de los enemigos de la Religion. En seguida lo trasladaron al convento de Cartujos, cerca de Florencia. Allí fué donde el agosto desterrado recibió la visita del gran duque de Toscana y de su familia, y tambien la del rey y de la reina de Cerdeña. ¡Qué sensible debió ser semejante visita para los tres soberanos de los cuales dos habían sido ya espulsados de sus propios Estados, y el otro estaba muy próximo á serlo! ¡Qué ejemplo tan sensible y memorable de la fragilidad de las cosas humanas! El Papa, á fin de recibir mas solemnemente al rey y la reina de Cerdeña, se había mandado vestir con todos los adornos de su dignidad, é hizo un esfuerzo para salir á recibir al monarca destronado. Encontráronse de frente en el recodo de la escalera, y en el acto los reyes se postraron á los pies del Pontífice, que hacia vanos esfuerzos por levantarlos. El rey se obstinó en besar los pies del Vicario de Cristo, y le espresó la alegría y el consuelo que tenia al verle: «Yo olvido, le dijo, en este grato momento todos mis infortunios, y no echo de menos el trono que he perdido, pues todo lo encuentro á vuestros pies.» — «¡Ah! querido príncipe, contestó el Papa: todo no es mas que vanidad, como vos y yo lo estamos demostrando; todo no es mas que vanidad, excepto el amar y servir á Dios. Elevemos nuestra consideracion al

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII.* t. 1, p. 59.



cielo: allí es en donde nos esperan tronos que los hombres no podrán quitarnos.» Durante la conferencia el rey instó al augusto anciano para que le siguiera á Cerdeña. Pio VI se escusó con su avanzada edad, sus achaques, y lo imposible que le sería soportar la fatiga del camino. La reina unió tambien sus instancias á las de su esposo: «Venid con nosotros Santo Padre, le decia, juntos nos consolaremos: en nosotros encontrareis unos hijos respetuosos, que apreciarán como debien á tan tierno padre.» Fácil es comprender qué dura sería la separacion despues de una tan interesante conferencia. El dia en que Carlos Manuel IV y Clotilde de Francia salieron para Cagliari, la reina se puso de rodillas, y suplicó al Pontífice aceptara un anillo de mucho valor: el Papa, habiéndosele colocado en el dedo, la prometió que, si le era posible, le conservaria toda su vida (1). Esta despedida causó tan profunda impresion en el Pontífice, que su salud pareció sensiblemente alterada por espacio de muchos dias.

Vivia el Papa estrechamente vigilado por sus carceleros, de manera que solo á fuerza de molestias é infinitos rodeos podian los sacerdotes y los obispos conseguir el honor de verle. Pero cuanto mas trataban de privarle de toda comunicacion con la Iglesia, mas se ocupaba su apostólico celo en todo cuanto se referia á las necesidades é instruccion de la Iglesia: desde la Cartuja de Florencia, fué donde escribió tantas cartas dignas del sucesor de los Leones y de los Gregorios. En este asilo, donde tan asidua y celosamente se ocupaba en los intereses de la Religion, pareció mejorarse su salud, gracias á la vida pacífica que tenia. El gran duque, que siempre estaba temiendo hacerse sospechoso á los franceses, exageró la precaucion hasta el punto de proponer á Reinhard, ministro de la república, vigilase por sí mismo en lo interior de la casa del Papa nombrando las personas que debiesen componer su servidumbre: y si el minis-

tro francés no hubiese eludido una comision tan delicada, hubieran los fastos de la Iglesia romana presentado la nunca oída singularidad de verse el jefe del catolicismo bajo la tutela de un hereje, pues Reinhard profesaba la religion protestante.

Con tantos medios de seguridad no se hallaba aun tranquilo el Directorio. La presencia del Pontífice en el centro de un pais conocido por su apego á la Religion, podia conmover los ánimos, escitar recuerdos, y fomentar turbulencias: la guerra podia encenderse y los azares de una batalla podian quitar á los del Directorio su magnífica presa. Por lo tanto el gobierno francés mandó al gran duque de Toscana hiciera salir de sus Estados al peligroso huésped; mas el príncipe, aunque conocia perfectamente la dependencia en que se hallaba respecto de la república, tuvo valor para contestar á los comisionados: «Yo no he deseado tener al Papa en mis Estados: vosotros sois quien me lo habeis traído. Si ahora quereis que salga de Toscana, yo mandaré disponer todo lo necesario para la marcha; pero que la Francia se encargue de trasportarlo á otra parte; pues yo nunca tendré la inhumanidad de arrojarlo de mis dominios.» Por muy razonable que fuese esta contestacion, no satisfizo al Directorio, y mandó decir al príncipe que si no hacia salir de la Toscana al Papa, sería responsable de las turbulencias que la inmediatez de este podia causar en Roma. No pudiendo la corte de Florencia resistir á tan vivas instancias, se vió en la precision de concertarse con la de Viena. Habíase ya elegido para asilo de Pio VI el convento de Moelk cerca del Danubio, cuando el asunto del embajador Bernadote en Viena suspendió la realizacion de este plan. Tambien se pensó en que Pio VI pasase á residir á España; pero el rey manifestó que no podia recibirlo sino bajo ciertas condiciones que no se tuvo por conveniente aceptar. Volvióse á pensar en deportarlo á Cerdeña, que era el proyecto favorito en aquella época.

«Si tiene fuerzas para celebrar misa, decian sus enemigos, necesariamente las debe tener para ser deportado.» Habia ya llegado repetidas veces á Florencia la orden de deportacion; pero el gran duque intercedia eficazmente con los comisionados franceses en favor del ilustré cautivo, y hacia valer el dictámen de los médicos, que demostraban la imposibilidad de semejante viaje, á no ser que desearan que el Papa muriese en la embarcacion. Por último, el Directorio no hallando en sus agentes el valor de persecucion de que él se sentia animado, tuvo que ceder.

Uno de los mayores consuelos que recibió el Papa en la Cartuja de Florencia, le vino de parte de los diversos soberanos y prelados del mundo cristiano, que se apresuraron á escribirle para manifestarle el justo dolor de que se hallaban poseídos. Los obispos refugiados en Inglaterra le escribieron una interesantísima carta á la que el Pontífice contestó con otra llena de grandeza de alma y de sentimientos los mas heróicos. «Si nuestras desgracias os afligen, les decia en ella, pensando que en este destierro se ve abrumada nuestra alma con el peso de la tristeza, este tierno interés que nos manifestais merece nuestra gratitud; pero os conjuramos con el Apóstol á que no gimais por Nos ni perdais el valor por nuestras tribulaciones; pues ¿cómo sería posible que nuestra alma, por rudos que sean los males que nos oprimen, sucumbiese á la tristeza, cuando sabemos que nada en el mundo puede proporcionarnos mayor gloria que estos mismos sufrimientos de que por permission divina somos víctimas? Si la mano del Señor pesa gravemente sobre nuestra cabeza para corregirnos y castigarnos, ¿qué puede haber mas glorioso para Nos que esta tribulacion? Justamente nos vemos castigados por nuestras culpas; sin embargo, este mismo castigo nos da á conocer que Dios nos ama, y que por peores que seamos, aun nos admite el adorable

Padre de las misericordias en el número de sus hijos. Si al permitir que la tentacion nos ponga á prueba Dios se propone conocer los quilates de nuestra fé y de nuestra perseverancia, ¡cuán gloriosa es para nosotros semejante prueba! Gracias á esta tentacion, por indignos que seamos, podemos lisonjearnos aun con la esperanza de ser agradables al Señor, lejos de ser repelidos de él. En efecto, está escrito: *Asi como el oro se purifica por el fuego, asi los hombres queridos del cielo se prueban en el crisol de la tribulacion.* Debemos, pues, sufrir no solo las tribulaciones que pesan sobre nosotros, sino aun otras mucho mayores, con tal que sean por la justicia y por Jesucristo... ¿Fáltannos acaso motivos que alienten nuestro valor para soportar estas calamidades, no solo con paciencia, sino con alegría y hasta con acciones de gracias?... Dios ha querido, ya lo sabeis, que la Iglesia debiese su origen á la cruz y á los suplicios, su gloria á la ignominia, su luz á las tinieblas del error, sus progresos á los ataques de sus enemigos, y su estabilidad á sus pérdidas y á sus desastres. Nunca ha sido mas pura la gloria de la Iglesia que cuando mayores esfuerzos ha hecho el mundo para empañarla, etc.»

Si el Directorio se habia al parecer dejado doblegar un momento por las representaciones que de todas partes le hacian acerca de la inhumanidad de esponer á un octogenario casi moribundo á las fatigas de la navegacion, aun no habia sin embargo desistido enteramente de su bárbaro proyecto de deportacion. Lisonjeábase de que el Papa, hallándose desterrado en la isla de Cerdeña, separado de Italia por el mar, permanecería en aquel agreste rincon como olvidado de todo el mundo, como encerrado en una tumba. Llegó por último á Toscana una orden mas terminante y formal que todas las anteriores, mandando decididamente al gran duque hiciese salir de sus Estados al Pontífice y lo enviase á Cerdeña.